

cia, os propone que enviéis al duque de Mayenna uno de vuestros oficiales, provisto de un salvo-conducto para pasar por entre las tropas reales sin ser inquietado. Hasta que esté de vuelta, el rey, que sabe que careceis de pan, os proveerá de toda clase de víveres en abundancia, pues no puede permitir que tropa tan valiente carezca de lo necesario. No por eso os pide nada, y consiente en que lo tengais por enemigo y esteis con toda vigilancia, con solo la condicion de que á la vuelta de vuestro enviado obedezcais al duque de Mayenna, que en nada puede de hecho favoreceros.

Dubourg-Lespinasse aceptó esta leal propuesta, y el duque de Mayenna, que no podía socorrerlo, lo autorizó á entregar la Bastilla. Capituló, pues, y por mas que Enrique IV le ofreció riquezas y dignidades, nada admitió, contentándose con salir con los honores de la guerra, segun lo estipulado, y con ser conducido hasta la primera plaza de las que seguian aún el partido de la Liga, como se efectuó religiosamente.

## VII.

La Bastilla en tiempo de Enrique IV.—El mariscal de Biron.—La mariscal de Ancre acusada de magia.—De Luynes y Bassompierre.—El príncipe de Condé en la Bastilla.  
—El cardenal de Richelieu.

Preciso es hacer á Enrique IV la justicia de que, dueño de la Bastilla, no pensó en convertir esta fortaleza en instrumento de despotismo, lo cual es tanto mas notable, cuanto que aquel príncipe, tan alabado por la mayor parte de los historiadores, no era ni sensible, ni bueno, ni clemente, si bien se recomendaba por su talento y por cierta rectitud de juicio. Aunque no tenia mas que esas buenas cualidades, era mucho para su época.

Enrique IV, como para purificar la Bastilla, le dió por gobernador á Sully, quien si no merece la reputacion de capacidad que se le ha dado, no dejaba por eso de ser una verdadera notabilidad en su tiempo.

La Bastilla no fué, pues, entónces una prision de Estado, aunque continuó sirviendo de cárcel, y la diferencia es tan pequeña, que casi no se apercibe.

El primer preso encerrado en la Bastilla bajo Enrique IV, fué Carlos de Gou-

taut de Biron, hijo de Armando de Goutaut, señor y baron de Biron. Carlos habia nacido en 1562: su abuelo habia muerto en la batalla de San Quintin: su padre, gran maestre de artillería y mariscal de Francia, á quien poco faltó para ser una de las víctimas del dia de San Bartolomé, habia abrazado con ardor la causa de Enrique IV.

La educacion del jóven Biron fué la que se daba entónces á los grandes señores, es decir, enteramente guerrera. No salia aún de la adolescencia, cuando fué por primera vez á campaña á las órdenes de su padre en la expedicion de Guiena, y desplegó desde luego tan gran valor, tan prodigiosa inteligencia del arte de la guerra, que se pudo preveer cuán altos destinos le estaban reservados. Abrazó como su padre el partido de Enrique de Navarra, combatió á sus órdenes, se cubrió de gloria en las batallas de Arques y de Ivry, en los sitios de Ruan y de Paris, y pronto fué proclamado su nombre por el pueblo y el ejército como el de uno de los primeros capitanes de su tiempo.

A ejemplo de su soberano, abjuró Biron el protestantismo, y se hizo católico. La conversion se efectuó fácilmente y sin el menor esfuerzo, “en virtud,” dice un historiador, “de que Biron era soldado ante todo: no entendia palabra de teología y habia vivido hasta entónces en la mas completa ignorancia de los principios de su propia religion, al extremo de que le hubiera sido imposible decir “en qué se diferenciaba del catolicismo, de suerte que no tuvo que abjurar sus creencias, sino solamente las que se le atribuian, de las que poco se curaba “por no comprenderlas bien.”

Tal es en efecto el juicio que se puede formar de la mayor parte de los militares que figuraron en aquel periodo: valientes hasta la temeridad; pero sin pizca de lógica, los cuales se batian, no en defensa de un principio, sino únicamente por batirse y por adquirir ese título de *victoriosos*, que Enrique IV mismo calificaba de superior á todos los otros. Los talentos y adhesion de Biron no podian ménos de ser dignamente apreciados por el monarca, que lo hizo su amigo y lo colmó de bienes y honores, nombrándolo sucesivamente mariscal de campo, teniente general, almirante de Francia, al propio tiempo que su baronía se erigia en ducado.

Aquella estimacion del soberano á su favorito llegó á tal grado, que un dia que fueron los regidores de Paris á complimentarlo por varios triunfos que acababa de alcanzar, les contestó:

“Os agradezco vuestros buenos sentimientos; pero no hay que olvidar que “esas cosas no las hago yo solo, y que en gran parte se deben á este hombre que “me complazco en elogiar ante amigos y enemigos.”

Y al hablar así, tomó afectuosamente de la mano á Biron, que estaba á su lado.

Por desgracia Biron, segun hemos dicho, no poseia mas que las cualidades de guerrero: las de político le faltaban completamente: tenia un amor propio exagerado, carecia de prudencia, y teia una idea tan abultada de su mérito, que miraba los favores y la amistad del rey como recompensas demasiado pequeñas.

Por tal principio puso á duras pruebas la paciencia de Enrique IV; pero el reconocimiento y la amistad triunfaban siempre en el corazón del monarca, sobre el descontento que le causaban las quejas y exigencias de su favorito.

Proclamada la paz, y no pudiendo ya Biron encontrar en los combates alimento á su actividad, se agrió su carácter; su nulidad se la hizo insoportable: cayó en un marasmo delirante, atormentándose y agitándose en la ociosidad. Aquel hombre elevado á las primeras dignidades, tan poderoso y tan rico, aquel hombre rodeado de tantas consideraciones y honores, se quejó mas amargamente que nunca de no estar suficientemente premiado de los servicios que habia prestado al rey y al país.

—“La corte de Francia,”—decia públicamente y á cada paso,—“no se parece á la de España: solo en Madrid es reconocido y considerado el verdadero mérito, mientras aquí no recibimos mas que aparentes recompensas.”

Estas lamentaciones, repetidas en todos los tonos y á todas horas, ofendian el corazón del rey, á la vez que eran ávidamente recogidas por los enemigos de la Francia. Las disposiciones de Biron no tardaron en ser conocidas de Beauvais-la-Noel, uno de los agentes de España en París, quien se apresuró á comunicarlas á su corte, comprometiéndose á obtener del mariscal cuanto se quisiera, con tal de que se autorizara á Beauvais á hacerle de parte del monarca español, promesas bastante deslumbradoras para contentar su ambición y su desmesurado amor propio. Como la inteligencia y destreza del agente eran bien conocidas, se le facultó para emplear cuantos medios juzgara convenientes. Hízolo así en efecto, y fácilmente logró entablar relaciones con el mariscal y captarse su cariño, con lo cual no le costó trabajo seducirlo, haciéndole concebir las mas espléndidas esperanzas. Al cabo de pocos meses estaba ganado Biron, que se vió lleno de distinciones y en extremo lisongeadado en la corte española de Bruselas, á la que lo habia enviado Enrique IV para que jurara la paz de Vervins el archiduque. Se asegura que en esa época fué cuando Biron, olvidando todos sus deberes, se comprometió á auxiliar á los católicos de Francia, si se insurreccionaban abiertamente.

En 1599 hizo el duque de Saboya un viaje á Francia, que tenia por objeto ostensible procurar un avenimiento con Enrique IV, el cual reclamaba el marquesado de Saluces. Parece sin embargo que se proponia el duque un fin oculto: que era portador de plenos poderes de la corte de España para entrar en tratos con Biron. Nada omitió el príncipe para escarmentar é inflamar el descontento del mariscal, y lo decidió por fin á arreglarse por escrito con él y con el conde de Fuentes, gobernador del Milanes.

Al franquear la frontera de Francia, se escaparon al de Saboya imprudentes amenazas, que hicieron entrever una conspiración organizada contra el Estado. Concibiéronse vagas sospechas contra Biron, cuya conducta llevaba tiempo de parecer extraña al mismo rey. Aunque se aconsejó á Enrique que prendiera al duque de Saboya, no lo quiso hacer, si bien en 1601 le declaró la

guerra, encargando á Biron las primeras operaciones. El mariscal desempeñó con tanto acierto el encargo, que no era aquel compatible con la mala voluntad con que habia admitido este.

Durante esa campaña, el duque de Saboya propuso al mariscal ayudarlo á deshacerse de Enrique IV. Biron desechó al principio la propuesta con la consiguiente indignación; pero urgido sin cesar por los intrigantes que lo rodeaban, se acostumbró poco á poco á la idea de tan infame traición. Aun parece seguro que en el sitio del fuerte de Sta. Catarina, cerca de Ginebra, informó al gobernador enemigo que se preparara á dirigir toda la artillería hácia el sitio en que el rey se presentaria probablemente á visitar la trinchera, aunque espantado él mismo despues de su crimen, impidió al rey ir al lugar donde hubiera encontrado una muerte inevitable.

A la vuelta de la campaña, informado Enrique en Leon de las intrigas secretas del mariscal, lo llamó un dia aparte en el claustro de los franciscanos, para hacerle fuertes reconvenciones. Biron se echó á sus piés y le hizo una completa confesion.

—Señor,—le dijo,—dignaos tomar en consideración el estremado disgusto que me causaba la inacción á que estaba yo reducido, cuando eso comenzó, sin oír mas que los cumplimientos y las adulaciones de gentes astutas, mientras yo, educado únicamente para el grande y noble oficio de la guerra, no podia desconfiar del lenguaje artificioso empleado por los traidores para perderme.

Biron acabó por decir que no se habria apartado de su deber, si no se le hubiera negado el gobierno de la ciudadela de Bourg en Bresse, en atención á que su actividad habria hallado pábulo suficiente en aquel empleo. Enrique lo abrazó y le prometió olvidar lo pasado. Su amigo d'Épernon, que tenia larga práctica de las cortes, le advirtió el peligro de no obtener una absolución legal. Biron prefirió confiarse enteramente en la palabra de Enrique.

El rey trató en seguida al mariscal como si nunca le hubiera dado motivo de queja; lo envió á Londres para dar parte á Isabel de su matrimonio con María de Médicis, y lo nombró su embajador en Suiza, haciéndole un regalo de consideración.

Lo inconcebible es que en ese mismo tiempo reanudaba el mariscal sus intrigas con el duque de Saboya y el rey de España. Se le prometia la mano de una princesa española y la soberanía del ducado de Borgoña y del Franco-Condado.

No debia tardar en descubrirse la verdad. Biron tenia á su lado á un pariente lejano, intrigante subalterno llamado Lafin, á quien el mariscal habia hecho confidente de todas sus tramas, agente de todas sus intrigas. Tal confianza era imprudente y loca, como lo probaron los acontecimientos.

El rey, que habia tenido nuevo aviso de la traición del duque, viniéndole las principales noticias de Roscieux, antiguo ligado retirado en los Países-Bajos: el rey á quien repugnaba vivir constantemente en esa atmósfera de sospechas, pen-

só dirigirse á Lafin para conocer la verdad. El hombre, accesible á toda especie de seducciones, descubrió la conspiracion, de la que se le pidieron pruebas; y para darles robó con destreza al mariscal muchos papeles, entre los que se encontraba el tratado de Biron con la España, y la correspondencia que habia mediado en el asunto, y lo entregó todo á Enrique. El monarca congregó al punto su consejo, en el que se convino en la necesidad de asegurar la persona del mariscal, que estaba entónces en Borgoña. Llamado por su soberano á Fontainebleau, donde se hallaba la corte, se presentó allí Biron con confianza. Enrique, que queria salvarlo, nada perdonó por alcanzar la confesion de un crimen que queria perdonar; pero el delinente, léjos de confesarlo, prorumpió en amenazas contra sus acusadores, y viendo que el rey insistia, exclamó con altivez:

—Ah! señor, ya esto es ecsasperar demasiado á un hombre de bien.

El dia siguiente, el monarca, despues de jugar con el mariscal hasta media noche, lo llevó de nuevo aparte, y renovó sus esfuerzos por obtener una confesion.

“Lo interpeló de nuevo,” escribe un autor contemporáneo, “para que le diese el gusto de saber de su boca lo que demasiado bien le constaba, con gran pena de su corazon: le prometió su perdon y amistad, cualquiera que fuese la falta cometida en su contra, pues una vez confesada libremente, lo cubriria con el manto de su proteccion. El mariscal contestó que nada tenia que revelar, ni se habia presentado para justificarse, sino solamente para suplicar á S. M. que le diera á conocer á sus enemigos, á fin de pedirle justicia ó hacersela por su mano.” El rey no lo complació, y le dijo: “Bien veo que no sabré nada por vuestra boca: voy á ver al conde de Auvernia para adquirir mayor instruccion. Y entró en su cámara, mandó retirarse á todos, y agregó: Adios, baron de Biron: reflexionad en lo que os he manifestado.”

Al salir el mariscal á la antecámara, se le acercó Vitry, capitan de guardias, y cojiendo con su mano izquierda la derecha de Biron, miéntras con la derecha le tomaba la espada, le dijo:

—Señor, el rey me ha mandado que le dé cuenta de vuestra persona: entregadme la espada.

—¿Te estás chanceando, Vitry?—contestó el mariscal lleno de asombro.

—No, señor mariscal: obedezco al rey, y en su nombre os pido la espada.

—En tal caso, te suplico que me dejes hablar á S. M.

—No es posible: ya se ha recogido.

Entónces entregó Biron su espada á Vitry, exclamando:

—Ah! mi espada que ha prestado tantos buenos servicios!

Despues de permanecer algunos dias al cuidado de Vitry, solicitando en vano ver al rey y protestando de su inocencia, fué Biron conducido á la Bastilla, encomendándose al parlamento la formacion de su proceso.

A la vista de los documentos entregados por Lafin, el écsito de la causa no podia ser dudoso, por lo cual la familia entera del culpable, sin pensar en defen-

derlo no intentó mas que salvarlo, implorando la compasion de Enrique IV. El 10 de Junio, estando el monarca en la gran galería del castillo de San Mauro de los Fosos, rodeado de parte de su corte, se echó á sus piés Mr. de la Force, hermano del mariscal, en union de su desolada familia.

—Señor,—le dijo,—siempre he creido que V. M. recibiria con benevolencia nuestras muy rendidas súplicas, y por eso venimos á echarnos á vuestros piés en nombre de mas de diez mil personas, vuestros muy respetuosos y obedientes servidores, á implorar vuestra misericordia, no á pedir justicia en favor de aquel desgraciado. Dios manda que perdonemos á los que nos han ofendido, como deseamos que él nos perdone: no son los hombres los que os han puesto la corona en la cabeza: Dios solo os la ha dado: los reyes no pueden mostrar mejor su grandeza, que usando de clemencia, señor. Huyendo de ecsageraciones, me limito á suplicar á V. M. que le salve la vida, y lo mande adonde tenga por mas conveniente. Maldita sea la ambicion que lo ha impulsado á la vanidad de quererse hacer necesario al mundo entero! Habeis perdonado á muchos, que os habian ofendido mas: no nos cubrais, pues, de infamia, ni nos sometais á una vergüenza perpetua, inestinguible!

Al acabar este discurso se prosternó de nuevo Mr. de la Force, así como todos los miembros de su familia que lo acompañaban. El rey les mandó con bondad levantarse, y contestó en estos términos:

—Siempre he recibido benévolamente las peticiones de los amigos del señor de Biron, sin imitar á mis predecesores, que nunca quisieron ni siquiera que los amigos y parientes de los culpables intercediesen por ellos, aun cuando fueran sus padres ó sus hermanos. Jamas consintió el rey Francisco en que la muger de mi tío el príncipe de Condé le pidiera perdon. En cuanto á la clemencia que me rogais use con el señor de Biron, no seria misericordia sino crueldad. Si no mediara mas que mi interes personal, lo perdonaria, como lo perdono de todo corazon; pero media el de mi Estado, al que debo mucho; el de mis hijos, que podrian reconvenirme por tal motivo, y el de todo mi reino. Dejaré espedita la justicia, y ya veréis la sentencia que pronuncia. La inocencia del acusado, encontrará en mí un apoyo: á vosotros os permito hacer lo que podais. En cuanto á la nota de infamia, es esclusivamente suya: el condestable de Saint-Paul, de quien desciendo, el duque de Nemours, á quien he heredado, ¿han dejado sin honra á su posteridad? A no haber muerto el rey de Francia ¿no se hubiera cortado la cabeza al siguiente dia á mi tío el príncipe de Condé? Ninguna vergüenza recaerá sobre vosotros los parientes del señor de Biron, con tal de que no os apartéis de vuestra fidelidad, como lo espero; y lejos de pensar en quitaros vuestros empleos, os daré los que vacaren. Mas siento yo que vosotros mismos, la culpa de vuestro deudo; pero es intolerable que haya maquinado contra su bienhechor.

El mariscal, que habia conservado hasta entónces mucha esperanza, comenzó á perderla, al saber el mal resultado del paso dado por su familia, y habiendo

notado que desde esa fecha entraban en su cuarto sin armas, así como que se le servía la mesa con cuchillos sin punta, exclamó con indignación:

—*Bien veo que se trata de hacerme andar el camino de la plaza de Grève.*

Decidióse en tal estremitad à implorar la clemencia del rey, y le escribió una larga carta, que contenía los notables párrafos siguientes:

“Señor, entre las perfecciones que acompañan la grandeza de Dios, su misericordia aventaja á todas: esa misericordia os ha sido comunicada como hijo primogénito de su iglesia, y hasta aquí habeis economizado con bondad divina la sangre de vuestros enemigos. Y si V. M., que ha señalado siempre con su clemencia las victorias ganadas con su espada, desea hacer memorable aquella virtud con un solo perdon, ninguna ocasion mas propia puede presentarsele que la de dar vida y libertad à este su servidor, à quien el nacimiento y la fortuna habian prometido una muerte mas honrosa que la que lo amenaza. Esa oferta de mi destino, señor, que deseaba que sacrificara mi existencia en servicio vuestro, será vergonzosamente violada, si no se opone vuestra misericordia.

“Yo soy criatura vuestra, señor, educado y elevado con honor en la guerra por vuestra liberalidad y vuestro ejemplo, porque de mariscal de campo me habeis hecho mariscal de Francia: de baron, duque, y de simple soldado capitán. Vuestros combates y batallas me han servido de escuela; y obedeciéndos como á mi rey, he aprendido á mandar á los otros. No permitais que tenga yo un fin tan miserable: dejadme vivir para morir en medio de un ejército, sirviendo de modelo de guerrero que combate por su príncipe, y no de gentil-hombre desgraciado que sucumbe en el suplicio, rodeado de un gentío curioso de espectadores y deseo de la muerte de los criminales.

“Que mi vida, señor, acabe en el mismo lugar en que he acostumbrado derramar mi sangre por vuestro servicio, y permitid que la que no ha corrido por las treinta y dos heridas que he recibido siguiéndos é imitando vuestro valor, vuelva á derramarse por la conservacion y aumento de vuestro imperio, debiéndos yo la gracia de haberme perdonado la vida.

“Compadeceos, señor, de mis lamentos, y alejad de vuestro reinado el monstruoso capricho de fortuna de que un mariscal de Francia sirva de espectáculo á los franceses. . . . Ved esta carta con el ojo que acostumbra Dios ver las lágrimas de los pecadores arrepentidos y sobreponéos á vuestro enojo, para rendir ese triunfo á la gracia que os pido.”

El rey no contestó á esta súplica, y la causa continuó. Cuando estuvo concluida, el gobernador de Paris, que recibió orden de conducir al mariscal al parlamento, se presentó en su cuarto á las cinco de la mañana, y dijo al preso que la corte estaba reunida bajo la presidencia del señor canciller, y que solo á él se esperaba.

Biron se vistió en el acto, sin proferir una palabra: subió á una carroza en la puerta de la Bastilla, y fué conducido por el Arsenal á la orilla del río, donde lo esperaba un barco cubierto, en el que entró con Montigny y de Vitry. Poco

tardó la embarcacion en llegar al fin del palacio de justicia, y se introdujo al mariscal al vasto recinto en que se encontraban sus jueces, en número de ciento once. Hízosele sentar en el banquillo destinado á los acusados, y se procedió al interrogatorio; pero el canciller hablaba bastante quedo; desde las primeras preguntas se paró Biron, y cargó con su silla hasta cerca de los estrados, diciendo:

—Permitidme, señor, que me acerque, porque para oiros seria preciso que hablarais mas recio.

Terminado el interrogatorio, el escribano dió lectura á los cinco capítulos de acusacion de que se hacia cargo al mariscal, por alta traicion, lesa magestad, &c. Biron escuchó con la mayor calma, y en seguida dijo en voz alta y firme:

—Si he cometido algun delito, el rey me lo perdonó en Leon, y no os corresponde su conocimiento. Verdad es que no tengo mi perdon por escrito; pero la falta de ese documento no puede dañarme, porque al rey era á quien tocaba dármele. El proyecto de tratado que sirve de base á la acusacion, es de mi puño y letra; pero la fecha es anterior al viage de Leon. Una carta dirigida á Lafin, cuyo testimonio admitís contra mí, à pesar de haber sido mi cómplice, es el único pretesto que sirve de fundamento á la acusacion; pero esa misma carta demuestra que habia renunciado á mis extravagantes proyectos, puesto que en ella se lee lo que sigue: “Ya que plugo á Dios dar un hijo al rey, prescindo de todas esas vanidades, y os encargo que no demoreis vuestro regreso.” Mi consuelo en esta desgracia, señores, estriba en que ninguno de vosotros ignora los servicios que he prestado al rey y al Estado: yo os he restablecido sobre las flores de lis, de donde os habian arrojado las saturnales de la liga. No hay en todo este cuerpo, que depende hoy de vosotros, un solo miembro por el que no haya corrido mi sangre en vuestra defensa: esta mano que ha escrito esas cartas presentadas contra mí, ha hecho todo lo contrario de lo que escribia. Verdad es que he escrito, que he pensado, que he dicho mas de lo que debia; pero ¿dónde está la ley que castiga de muerte la lengua y el pensamiento? ¿No podia yo faltar al rey en Inglaterra y en Suiza? Pues sin embargo, mi conducta ha sido irreprochable en esas dos embajadas; y si considerais con qué comitiva he venido, en qué estado dejé las plazas de Borgoña, reconoceréis la confianza de un hombre que cuenta con la palabra de su rey, y la fidelidad de un súbdito que no piensa hacerse soberano en su gobierno. Seguro de mi perdon, me decia á mí mismo: “El rey conoce demasiado el fondo de mi corazón, para sospechar de mi fidelidad; y si no me ha otorgado la vida sino para darme la muerte, tal proceder no es digno de su grande alma, ni pueden inspirárselo mas que los enemigos de su gloria y los míos.” Yo he intentado obrar mal; pero mi voluntad no ha pasado de los límites de un simple conato envuelto en las nubes de la cólera y del despecho; y seria muy duro que se comenzara por mí á castigar los pensamientos. ¿Seria yo el único en Francia á quien no alcanzara la clemencia del rey? La reina de Inglaterra me ha dicho que si el conde de Essex hubiera pedido perdon, lo habria obtenido. El conde era culpable y yo soy inocente! Puede En-